

CRETA, OTRA VEZ

Victoria Sendón de León

Este relato ha sido escrito tras un viaje a Creta que hicimos un grupo de unas veinte personas que habían acudido al curso impartido por Matria sobre “La cultura matriarcal en el Mediterráneo”.

En este artículo voy a obviar todo lo que ya escribí sobre Creta en mi libro “Mas allá de Itaca”, publicado en 1988. Sólo algunas reflexiones nuevas. Lo he hecho para que cualquiera que acceda pueda seguir el artículo como información, pero he intercalado bastardillas como un guiño de complicidad con las personas que vinieron al viaje. Me refiero a pequeñas anécdotas que me salían al paso.

Ya hemos vuelto de nuestro periplo y me pongo a escribir, pero no quiero hacer aproximaciones exactas a nada, sólo dibujar tenues perfiles, visiones en una vaga penumbra, intuiciones más y más confirmadas, piezas sueltas que se van ciñendo al rompecabezas inicial, al de hace unos veinte años. Desde entonces sólo he vuelto tres veces a la isla de Creta, “Macaronesos”, isla de los bienaventurados, es decir, de los buenos, bellos y felices. Ahí siempre fui feliz, yo también. Ni buena ni bella, desde luego.

Si tuviera que dar cuenta de mi experiencia en una sola frase, diría que hemos regresado de la Atlántida, o sea, del mito que esconde una realidad perdida. Un mito permanentemente contado para que alguien, alguna vez, lo descifre... y lo vuelva a contar. Esta vez de modo coral, porque colectivamente hemos ido aventurando hipótesis y compartiendo sentimientos. *[Han sido de lo más excitantes los descubrimientos y pesquisas de Celia, nuestro Sherlock Holmes particular. Lo ve todo, todo lo analiza... Supongo que nos contará muchos de sus hallazgos.]*

Y digo que venimos de la Atlántida porque no existe una civilización tan diferente a lo conocido como la cretense, mal llamada minoica, ya que el tal Minos no aparece por ninguna parte. A no ser..., sí, tal vez. Es posible que ese “joven príncipe” que pasea entre lirios y mariposas, que reproducen de mil modos el

“labrys”, la doble hacha que representa a la Diosa, sea el tal Minos, un nombre genérico para denominar al rey del año o rey sagrado, aquel joven bien dotado que elegía la reina como consorte por un ciclo de tiempo que iba de nueve meses a nueve años. ¿O se trataba de un joven vencedor de la prueba del salto del toro, ya que lleva la faldilla y las defensas de los saltadores? Es posible que el “rey del año” o “rey sagrado” fuera sacrificado tras su reinado con la promesa de habitar para siempre en “el jardín de las Hespérides”; tal vez desterrado después de haber disfrutado de unos años “a cuerpo de rey”, no se sabe. Veo similitudes con el toro bravo luego sacrificado ritualmente. Es también factible que el sacrificio cruento de una res, que aparece como tema recurrente en frescos y sellos, presidido siempre por una sacerdotisa, forme parte de un ritual sustitutorio. ¿Sería Perséfone esa sacerdotisa? Su nombre, “la que lleva la destrucción”, podría insinuarlo. ¿Tienen que ver los toreros de hoy con aquellas sacerdotisas? En muchas representaciones aparece una especie de colegio sacerdotal de “mujeres abeja” que tal vez reprodujeran la muerte del macho, ritual o real, tras el vuelo nupcial de apareo con la abeja reina. Sospecho incluso que los cretenses, de acuerdo con un pensamiento analógico, imitaron la estructura social de las abejas por su perfección. De hecho, se dice que Licurgo se basó en ella para diseñar la organización y las leyes de la ciudad de Esparta. *[Me dijo Fernanda que eso supondría una gran evolución, aunque teniendo en cuenta que la libertad constituiría un nivel emergente que cambiaría no poco esa estructura. Se refería, creo, a la relación del individuo con el grupo y el sentido que ello le confiere, ¿no, Fernanda?]*



He vuelto con la certidumbre de que las ciudades cretenses eran ciudades-estado con leyes propias y tal vez especializadas en diversos oficios o funciones que en conjunto cooperaban a la autosuficiencia de la isla. La leyenda relaciona tres

de estas ciudades con los hijos de Zeus y Europa: Minos (Cnossos) Radamantis (Gortina) y Sarpedón (Malia). Sin embargo, es curioso que en el palacio de Cnossos sólo aparezcan reinas y sacerdotisas, a la vez que el llamado salón del trono, con un solo asiento, esté flanqueado por grifos, simbología evidente de la Diosa, representada por la sacerdotisa mayor. Y también es significativo que Gortina deba su nombre a una reina gobernante de la ciudad y no a héroe alguno, como se pretende con el nombre de Gortys. Es más, en esta ciudad aparece el famoso “Código de Gortina”, grabado en piedra en el siglo V a.C. *[Teresa Murillo nos levantó la liebre de que ahí existía un código importante]*

Resulta sorprendente que en ese siglo, el mismo del esplendor de la Atenas de Pericles, existieran leyes para las mujeres que la gran ciudad del Ática no consideraba ni de lejos, recluyéndolas simplemente en el gineceo y negándoles la ciudadanía. Esta ciudad, que en esa época pertenecía ya a una sociedad esclavista y patriarcal, conserva sin embargo trazas de la antigua memoria igualitaria y legisla, no para los “ciudadanos” ni para el “sujeto universal”, sino para varones y mujeres, esclavos y esclavas específicamente. Por ejemplo, la mujer de Gortina podía tener bienes propios y reclamar ella sola ante un tribunal sin protector ni representante alguno; igualmente tenía el derecho de disponer libremente de todo lo que le pertenecía, de decidir sola su matrimonio, así como de dividir con sus hermanos la herencia paterna y materna. Una esclava seguía teniendo derecho a su propio cuerpo, y si era violada, el violador tenía que resarcirla con dinero. La justicia en Gortina no tenía una intención punitiva, sino de resarcir a la víctima. ¿No resulta realmente contundente para quienes siguen pensando que todo lo relativo a la Creta prehistórica no es más que un mito ingenuo que tiene que ver con el Minotauro y otras vainas?



Sin embargo nada tenía de ingenuo aquello del salto del toro. Es evidente que jóvenes de ambos sexos desafiaban la fuerza bruta del animal arriesgando sus vidas. Muchos eran arrollados y morían en la ceremonia. ¿Qué sentido

tenía todo aquello? Yo creo que se trataba de un rito iniciático, de un rito de paso, de un deporte incluso, aunque lo novedoso es que fuera la misma prueba para varones que para mujeres, lo que indica que no era cuestión de potencia muscular solamente, sino de dominio, de valentía, de prudencia, de agilidad, de un control rayano en la excelencia psíquica. Me pregunto si esta prueba era para todos los cretenses o bien para los destinados a funciones determinadas a quienes se exigía virtudes en grado sumo. ¿O bien eran elegidos aleatoriamente para cumplir con algún rito de fecundidad que mantuviera la riqueza de los campos y la reproducción de los ganados?

A veces he imaginado al aqueo Teseo, copero tal vez en la corte de Cnosos, señalado como candidato para cumplir con el rito. No se sometió en su fuero interno, y luego fue armando su complot con ayuda de la princesa Ariadna. Por supuesto que en mitología los nombres propios significan colectividades. Teseo representa a los aqueos que habían ido llegando a la isla posiblemente en las propias naves cretenses como mano de obra, y es posible que muchos de aquellos aqueos fueran elegidos como víctimas propiciatorias del toro. ¿Fue ese el principio del fin de la civilización minoica? Imagino también otro escenario: ¿fue elegido Teseo por Ariadna como rey del año y justo antes de la “ejecución” la convenció para huir del palacio y apoderarse de parte de la flota cretense para navegar hasta Atenas? ¿Se trató de una inusitada historia de amor? Un amor que para Teseo, por cierto, terminó bien pronto cuando abandonó a Ariadna en la isla de Naxos. ¿Se la llevó tal vez como rehén? Curiosamente, Ariadna se unió entonces a Dionisos, cuyos misterios se propagaron desde entonces por todo el Mediterráneo, porque las religiones místicas no eran más que celebraciones secretas de los ritos que en la isla habían sido públicos. Ariadna pasó, desde entonces, a llamarse Líbera.

[Todo esto da para una novela. Celia me dijo que podría utilizar sus datos: gracias, Celia. Mary Renault ya escribió “El toro del mar”, pero muy de acuerdo con el mito patriacal que ya conocemos]



En cuanto a la revuelta y toma de poder por parte de los aqueos, siempre he sospechado de aquellos seres de la montaña, los dáctilos y los curetes. En este viaje he podido perfilar más su posible sentido.

[Ya sé que os da mucha risa que, a mi edad, ande preocupada con quiénes serían realmente esos oscuros personajillos de los que el mito nos habla de pasada. Pero yo estaba con mi novela, claro]

Aparecen en los montes cretenses de Dikte e Ida en relación siempre con Zeus, el dios de los invasores, frente a la Gran Diosa del Mediterráneo. Dice Graves que mientras Rea paría a Zeus apretó los dedos sobre la tierra y de ahí surgieron los dáctilos, que como los dedos de las manos, eran diez: cinco femeninos y cinco masculinos. Estos últimos eran los curetes, que pasaron a formar parte de la guardia personal del Rey del Año, mientras que las dáctilas femeninas estarían relacionadas con la magia: conocedoras de hierbas curativas y hongos psicodélicos sin duda. ¿Qué sucedió allí en las montañas, en torno a aquellas grutas? Del monte Dikte, cueva de Rea, los curetes pasaron al monte Ida, donde golpeaban sus escudos para que Cronos no oyera las voces de Zeus, es decir, para encubrir la rebelión.¹

[La subida al Diktéon Ántron siempre me resulta fascinante a través de ese Plateau de Lassiti, que Rosa Vives y Águeda nos explicaron tan bien en qué consistía. No era un valle, sino un plateau de lo más fértil. Allí se podrían alimentar “divinamente” los curetes, Zeus, la cabra Amaltea y toda la basca mítica]

Esto viene a cuento porque la opinión más divulgada es que aquella fascinante civilización fue destruida por el volcán de la isla de Thera, que produjo un maremoto con su posterior “tsunami”. ¡Qué teoría más rara! Primero porque una civilización no se destruye por un fenómeno de ese tipo; segundo porque ese tsunami no pudo llegar más que a las costas, cuando las principales ciudades estaban hacia el interior, y tercero, porque lo de Thera fue en el 1505 a.C. y la

destrucción comprobada de los principales centros minoicos fue en el 1450, es decir, cincuenta años después.

[En este punto, Paca Moya me aclaró la imposibilidad de un maremoto de llegar a ninguno de los palacios. Lo tenía clarísimo]

Fue una rebelión desde el interior, pues sabemos que los aqueos ya estaban dentro. No es difícil de imaginar. Los cretenses no tenían armas ni conocían el arte de la guerra; no vivían en ciudades fortificadas; no eran guerreros en definitiva. Su potencia residía en el comercio derivado de su numerosa flota, que llevaba por todo el Mediterráneo su artesanía, su aceite, su vino, sus piedras preciosas... Sabemos que en sus viajes llegaban hasta las Casitérides (islas Británicas) en busca de estaño para la fabricación del bronce. En contraste, se atribuye a los curetes el descubrimiento del hierro en la isla a partir de la caída de un meteorito. ¿Fueron ellos los que utilizaron ese metal para fabricar armas por vez primera en Creta a instancias de los invasores? En este punto no tengo que imaginar nada: las matanzas se contarían por miles, al menos en los centros de poder. La arqueología ha desvelado que los palacios fueron destruidos violentamente, incendiados, asediados, despoblados. Sobre las ruinas se asentó una nueva dinastía, la micénica, es decir, aquea. Dos siglos y medio después arribaron los dorios y la destrucción fue ya total. Se impuso la barbarie. Luego, los siglos oscuros, hasta que Homero comenzó a cantar las proezas de legendarios héroes.....



En Gortina existe un roble, de una variedad propia de las tierras del sur, *[Creo que Paca me dijo que era un quejigo]* bajo cuya sombra se nos dice que tuvo lugar la unión de Zeus con Europa, a la que había secuestrado en las playas de Fenicia tomando a figura de un espléndido toro blanco. Esta unión, a la que podemos llamar sin paliativos violación, significa que el Zeus ya adulto, que ha ido creciendo y haciéndose fuerte en aquellas montañas, destruye aquella civilización pacífica y

matriarcalista, aunque asimilando muchos de sus logros, e inicia así una dinastía ya indoeuropea y griega, de la que nace una realidad nueva: Europa. El mito nos dice que de esta unión nace Minos, que daría origen al nombre inadecuado con el que nombramos indiscriminadamente todo aquello: civilización minoica.

¿Cuál sería, pues, el nombre más apropiado para la antigua civilización cretense? Si leemos la descripción que pone Platón en boca de Critias cuando discute con Timeo, Sócrates y Hermócrates sobre las mejores leyes posibles de la ciudad habidas en la historia, podemos comprobar que está refiriéndose a la Creta primitiva bajo el nombre de Atlántida. Habla de la Diosa, como referente de la divinidad, habla de leyes justas, de igualitarismo, de enormes riquezas, de numerosas naves, de puertos fastuosos, de una tierra ubérrima, de palacios y viviendas sobrias pero avanzadas tecnológicamente, de toros, de fiestas, de alegría; habla de la belleza de sus habitantes, de su sentido de la justicia, de su referencia siempre a la “ciudad madre” o metrópoli, les llama bienaventurados.... Y luego dice que al mezclarse con otras razas, perdieron sus cualidades casi divinas y ese fue el principio de su decadencia y destrucción. Pero Platón no es capaz de superar un prejuicio que en el patriarcado se ha arraigado como tabú: la posibilidad de que el poder y la autoridad estuvieran en manos de las mujeres, entendiendo el poder no como dominio, sino como administración de la “polis”. Evitando este escollo, pudo decir de la Atlántida que constituyó el mejor gobierno de todos los tiempos. Platón era víctima del mismo tabú que hace presa en muchos autores de guías: jamás sacan la fotografía del fresco de las mujeres gobernantes en el salón tripartito desde el que promulgaban las leyes, impartían justicia o presidían ceremonias. Y, sin embargo, allí están. Todas pudimos verlas, contemplarlas, fotografiarlas.... Para mí fue la piedra angular que confirmó mis hipótesis hace ya veinte años.



No obstante, me fue muy grato comprobar que nuestro guía en la Acrópolis, a la vuelta por Atenas, estaba de acuerdo con toda esta versión que le

fuimos planteando sutilmente, sin avasallar, con preguntas casi ingenuas. Sí, Constantine, que era un poco bastante filósofo, nos dijo: “A estas alturas, desde la perspectiva actual y con todas las cosas que ya sabemos, nadie puede negar que Creta fue un matriarcado destruido por los aqueos en tiempos de Teseo”. Esa afirmación, hace unos años, hubiera sido impensable, lo cual abunda en la tesis de Pierre Bourdieu –y de Victoria Sau- que dice que el patriarcado tuvo un comienzo histórico (en el tiempo), y que igualmente tendrá un final. Debe de estar llegando..... Y contradice la aseveración de Simone de Beauvoir de que las mujeres “siempre” habíamos estado dominadas. Siempre, no. Sólo hace unos 5.000 años.

Creo, pues, que puedo terminar afirmando lo que dije al principio: que venimos de la Atlántida, o, al menos, de un lugar que formaba parte de una civilización mucho más universal, que se extendía por todo los continentes antes de las invasiones indoeuropeas o de otros pueblos guerreros. Hasta no eliminar la guerra seguiremos cautivos de aquellos invasores. Es decir, de la estupidez humana que piensa que con guerras y violencias se puede conseguir algo más que no sea caer en la barbarie.

No son hipótesis. Marija Gimbutas ya lo demostró arqueológicamente hablando hace unos treinta años, pero no se la ha tenido muy en cuenta que digamos. ¿Nos gusta acaso a las mujeres ir de víctimas? ¿Se considera, tal vez, más eficaz políticamente? El victimismo, para mí, es, simplemente, algo deleznable.

Les aconsejo, por el contrario, que, si pueden, vayan a Creta, que disfruten, que recuperen aquella condición bienaventurada de sus antiguos habitantes y que disfruten de la vida. De ésta al menos, aunque yo creo que aquellos cretenses creían en la reencarnación o en una vida futura. Desde luego, los iniciados en los misterios salían de su “experiencia cumbre” convencidos de que la muerte no existía. No me extraña que fueran llamados bienaventurados.

[Después de ver el cementerio de Armeni se podía pensar algo así. Es un lugar maravilloso. Siempre que he ido he sentido lo mismo, pero esta vez con un sobresalto añadido: encontrarme dentro de una tumba real a Horacio dibujando semejante estancia. Me dijo que su pintura se iba a clasificar en antes y después de Creta. Estoy segura]

VICTORIA SENDÓN